

La pasión feminista, según Julieta Kirkwood

Dora Barrancos¹

Julieta Kirkwood fue una figura excepcional. La militante y la académica sintetizaron en ella los sentidos urgentes del renacimiento feminista de fines de los 70 irradiado con bríos en la década posterior. No hay dudas de que representa una de las principales mentoras de la teoría feminista latinoamericana; y cuando se señalan los límites que ésta tiene en nuestros países –dada nuestra incapacidad (se alega) de conceptualizar de modo original–, las contribuciones de Julieta se interponen como una desmentida. Los problemas que enfrentó constituyen un escudriñamiento notable de las relaciones de clase y género en América Latina, relaciones atravesadas crucialmente por el imperativo de la acción política que se propone socavar la concentración de la riqueza y la exclusión de las mayorías.

El feminismo redivivo e insurgente de los años 70's representaba en nuestras sociedades una nueva expresión de lucha contra las dictaduras, pero también contra las formas de sujeción económica y social del capitalismo dependiente, del que aquéllas eran en buena medida su expresión descarnada. El patriarcado aguzaba sus formas y ampliaba sus tentáculos opresores especialmente entre las mujeres de los sectores populares que resultaban las más victimizadas por la triple constricción de clase, género y etnia. Estas marcas decisivas del contexto faltaban a menudo en las teorías feministas que se abrían paso con estrépito en los países centrales. Las reflexiones de Julieta significaron una hendidura dolorosa en las especulaciones (des)vinculantes entre la teoría política de la izquierda y del feminismo, entre el agenciamiento de "las políticas" y "las feministas," entre la "mala fe" que representaba el escamoteo identitario de las primeras y la "virtualidad" de la conciencia de las segundas. Esos contrapuntos nutrieron las posiciones

de quien era socialista y feminista a un tiempo, pero que había aprendido a sortear la trampa de sujetar el segundo término al primero, atendiendo al principio de considerar las “contradicciones principales.”

Aunque entre quienes la conocieron redunda la impresión de que Julieta no era pródiga en palabras, y que su oficio crítico prefirió el molde de la escritura, para quienes la leemos a veinte años de la publicación de *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*, no podemos deshacernos de una imagen que contesta la evidencia del recato oral. Julieta se nos revela con un cuerpo gesticulante y ardoroso, aun a sabiendas de los estragos de la enfermedad que la consumió, como una antorcha encendiendo lúgubres ambientes y cuya luz no da tregua a los espacios más recoletos –los preferidos en su admonición contra el patriarcado–, en fin, como una oficiante apasionada que hace justicia a las querellantes iniciáticas de 1789 o del turno de 1848. Se impone entonces la representación de una voz desmesurada. Un estremecimiento recorre sus textos, algo que efectivamente la aproxima a las fórmulas del discurso revolucionario que Roland Barthes (1972) denotara como “la verdad enfática de un gesto.” Es como gesto y como encarnación que la fina inteligencia de Julieta potencia su significado para el feminismo de América Latina. Absorbe un puñado lacerante de problemas que en lo esencial no han perdido actualidad, sus obsesiones como académica y como militante apenas han envejecido.

Me propongo retomar dos cuestiones, o dos “nudos,” planteados por Julieta –a todas luces ésta era una de sus nociones preferidas para tratar la teoría acerca de la condición de las mujeres que trajinan el camino de la autonomía. Se trata de algunos problemas que ella iluminó, pero que permanecerán abiertos, aun cuando se hayan acumulado los exámenes y no obstante la estampida de la producción académica feminista latinoamericana en estos veinte años, circunstancia que Julieta seguramente habría festejado hasta con risa de niña. Se trata de recorrer dos problemas que ella planteó y que fueron acuciantes en sus agudas reflexiones.

Flujo y reflujo del feminismo chileno

Julieta era una hábil socióloga, pero llevada por las preguntas sobre la sinuosa saga del feminismo se convirtió en historiadora. Podría incluso ubicársela en la línea que delimita los antecedentes y el inicio del desarrollo de la historiografía de las mujeres en Chile. También aquí es una precursora. No dejan de llamar la atención las correcciones que efectúa a la historia del movimiento de mujeres y feminista en su país, las contribuciones originales para obtener una mejor identificación del trazado de ese linaje que en algún momento se extinguió. Justamente, la cuestión que induce a Julieta a ir en la búsqueda del pasado se formula como una desgarradora interrogante: ¿Por qué el agenciamiento feminista chileno, que pasó por etapas tan ricas, que parecían inmarcesibles, sucumbió, sumiéndose en el silencio unos años después de la obtención del derecho al voto? Será necesario situar períodos, dar cuenta de ciclos y resultarán así en sus cálculos tres las estaciones fundamentales de la cantera feminista, a saber, las primeras décadas del siglo, el interregno 1931–1949 y la espantosa censura –el silencio, la pasividad–, hasta el renacimiento en plena dictadura.

Julieta desafiará ciertas narrativas poniendo un antecedente más remoto del activismo femenino, puesto que lo situará en 1913 –aunque no se le escapan indicios promisorios en 1875, y también desvendará, con toda crudeza, una circunstancia que le parece clave en la responsabilidad de la clausura del feminismo en la década del 50. Corroborra las páginas de Elena Caffarena poniendo en la escena primigenia los Centros Belén de Zárrega (adaptación de Sárraga) que desde 1913 se distribuyeron en el norte salitrero y que completaron la fisonomía de las mancomunales, esa experiencia única en nuestro continente.

Se trata de una historia compartida con la mayoría de nuestros países, ya que donde se expandieron las ideas anarquistas y socialistas, allí donde se manifestó la asociación obrera contestando al patronato, al régimen político y a las formas opresivas religiosas, no faltaron iniciativas a favor de la condición femenina. Es cierto que hay otro aspecto absolutamente original en el Chile de principios de siglo, una circunstancia poco emulada en el resto de los países latinoamericanos –aunque siempre hay excepciones– y es la posición de Luis Emilio Recabarren a favor

de la emancipación de las mujeres. Julieta desde luego repara en esta figura a la que destacará en su crónica junto con el reconocimiento de la propia acción de los centros que honraban a una de las más emblemáticas militantes por los derechos femeninos, especialmente por el de sufragar (Vitale y Antivilo 1999).

Fiel a su objetivo, no sorprende que Julieta se haya preguntado por qué esas expresiones radicalizadas fueron capaces de sostener una “causa femenina” junto con una “causa obrera,” en las antípodas de lo que habría de ocurrir en el momento de su experiencia militante. Ella misma se encargó de apuntar la reorientación del sujeto por parte de las izquierdas en los años de resistencia contra la dictadura, ya que se apelaba menos a la clase obrera que a conjuntos como los pobladores, las masas campesinas. ¿Habrían, también, estas nuevas agregaciones contribuido a difuminar el sujeto femenino, antes más visible, en la identidad de la clase? Julieta no hipotetiza sobre esto, pero es aguda en formular la cuestión:

Esta movilización de las mujeres de la Pampa, su entusiasmo en propagar la buena nueva de la emancipación en conexión con los partidos de izquierda y con los partidos proletarios, protestarios, que a su vez daban su lugar a la mujer, que reconocían su condición más oprimida que la del propio trabajador, en fin, toda esa dimensión de feminismo progresista que plantea ya en 1913 en términos precisos el problema de la opresión de la mujer, ¿cómo llega, a pesar del proceso de desarrollo político, a olvidarse de sí misma? (Kirkwood 1985, 111).

Podríamos completar las ideas de Julieta con nuestra propia interpretación acerca del profeminismo del socialismo de Recabarren: se trataba probablemente de una doble convergencia, la del socialismo libertario y la de la vertiente radicalizada liberal en la que se había formado. Esta última lo emparenta de modo directo con otros amigos de la causa femenina en América Latina, sobre todo con los uruguayos como José Battle y Ordoñez (que también escribió con seudónimo femenino), Baltasar Braum, Carlos Vaz Ferreira.

Chile vive una época inaugural de variopintos movimientos sociales entre los que se instala el fermento feminista expandido en una serie de agenciamientos durante las décadas 1910 a 1930.

Julieta disecta el conocido límite moral que reduce sus proclamas y que exhibe retenidos compromisos con el orden de las cosas. Repasa especialmente el Partido Cívico Femenino en el que verá además, las señales del principio de la no contaminación con la “política,” la utopía cerrada sobre sí, que distinguirá a ciertos feminismos de las décadas siguientes.

El interregno 1931-1949 es de ascenso, algo por cierto diferente de lo que ocurre en la Argentina en donde el feminismo orientado hacia la izquierda pondrá cautela en la búsqueda de derechos una vez que la tarea de la hora es enfrentar al fascismo, fuera y dentro del país. Así, nuestras socialistas estarán más ocupadas en las víctimas de la Guerra Civil española y en el ofuscado rechazo al peronismo que las llevará al colmo de oponerse al voto sancionado por el régimen en 1947. El contrapunto no puede ser más instigante con las mujeres del Partido Femenino, fundado en 1946 y que del otro lado de la Cordillera adhieren a la causa peronista. Será esta fuerza la que haga ingresar en el Senado a María de la Cruz y su sino en desgracia, una de las fuentes inexorables –según el juicio de Julieta– de la impugnación de lo femenino en política y del posterior reposo de la causa.

Pero la gran marca de ese interregno chileno será el MEMCH, el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena, nacido en 1935, esa fuerza singular que habrá de sintetizar lo más luminoso del primer feminismo con las urgencias de las nuevas posiciones, más libres, con mayores autorizaciones y con capacidad de avizorar el problema de las relaciones de las militantes con las formaciones partidarias en términos mucho más agudos que los planteados por los feminismos argentinos en la misma coyuntura. Además de la afirmación de todos los derechos, el MEMCH verá con claridad la rémora que significa la extendida mentalidad tradicional de la mayoría de las congéneres en la sociedad chilena. “Plantea descaradamente –sostiene Julieta– la predisposición reaccionaria de la mujer en todas las extracciones sociales” (159), pero no puede sino achacar la enorme cuota de responsabilidad “a la absoluta despreocupación de los partidos y de los grupos sindicales por ocuparse de la raíz de esta problemática.” Creo que en este punto nuestra autora exhibe una economía de recursos explicativos que no hacen justicia a su elaborada crítica de la división de los ámbitos, público/privado, y de funciones,

producción/reproducción, en donde hay que bucear las raíces del fenómeno.

Las mujeres chilenas obtienen el sufragio en 1949, momento de euforia y oportunidad para que el Partido Feminista conduzca al Senado a su Presidenta, María de la Cruz. Es necesario demorarnos en este acontecimiento y en su desencadenante. Julieta se refiere a la ruptura del molde adverso a la “política” que este gran paso significa: “[...] el PFCH hace política y tiene conciencia de ello [...]. En muy poco tiempo el PFCH, con éxito sorprendente, había ocupado un lugar entre las fuerzas y todo esto desde una perspectiva declaradamente feminista, de justicia social y de raigambre popular, lo que despierta recelos de izquierda y derecha” (169). He aquí cómo plantea Julieta los hilos del drama que se avecina. La arena política movediza lleva a de la Cruz a tejer alianzas, pero también a perder aliadas. La hostilidad cunde y serán mujeres las que llevarán adelante las acusaciones, no sólo de compromisos ideológicos con la fuerza política que gobierna la Argentina, sino sobre un asunto efectivamente grave referido a la participación de la senadora de la Cruz en un ilícito. Para nuestra autora hay que leer en este episodio desgraciado los signos dramáticos del soterramiento de la política feminista.

La caída de María de la Cruz como senadora, significó la deserción de la gran mayoría de mujeres [...] quienes, sin comprender ni sumir [sic] que estas eran contingencias propias de toda organización política, llegaron a aceptar “que no estaban preparadas para la política.” Aceptaron y reconocieron una “inmadurez” que las llevó de vuelta a casa (1985, 170).

Sobrevendrá entonces una larga noche de ausencia. Julieta se obstina en situar este acontecimiento como un parte aguas:

El feminismo, en adelante, será una multitud en retirada que cambiará su propia fuerza en confesión de inmadurez, porque no quiso –no pudo– tener el valor de mirarle la cara a su realidad humana, a su **ser** producto humano, no idealizable. Con ello tiró por el sumidero presente y utopía y comenzó la larga tarea de expiar la insolencia de declararse sujeto político, sin que importara bajo qué bandera al fin lo hiciera (171).

La disposición dramática de esta interpretación suena tal vez inadecuada, y sin embargo no puedo dejar de participar de la imposición de sentido crucial otorgado por la autora. No puede disentirse de la coherencia epistemológica que consiste en confirmar la carga puntual, una fuga al esquema del imperio de la “totalidad,” en todo caso una alteración del canon “estructural” para dar cuenta de la acción humana. He aquí un camino para la historiografía, y no sólo feminista.

Ahora bien, a la cuestión de por qué no se tolera la contingencia, por qué no se aceptan los errores que cometen las fuerzas disruptoras –como se interroga Julieta–, sobre todo cuando lo que caracteriza la calidad del “error” es interpelado por un presupuesto ético, creo que debe responderse desde la clave misma que confiere entidad a la promesa de cambio. Exigimos a las fuerzas renovadoras mucho más apego a los valores que se ha empeñado en exhibir y a tratar como innegociables, que lo que ocurre con las fuerzas conservadoras, y en esto se asienta el principio de la expectativa del contrato con la empresa transformadora. Por eso es tan estrepitoso el derrumbe y, lo que es peor, la involución sobreviniente. Asistimos en América Latina al desgarrador espectáculo de la impostura moral en que incurren fuerzas políticas progresistas y no puede esperarse sino retrocesos severos. Más allá de la veracidad del hecho, lo cierto es que la salpicadura contaminante destruyó la primavera del feminismo chileno.

Sin embargo, aun cuando los hechos parecen contenerse en un episodio determinado y en un momento bien datado, debe admitirse que pocos movimientos sociales han sufrido tantas idas y regresos como el de las mujeres, síntoma que suena a no poder despegarse del incentivo de la crisis. Voy a demorarme algo en esta cuestión. Las crisis son paridoras de las demandas femeninas desde fines del XVIII, momento en el que afluye un sentido francamente cuestionador de la subalternancia, pero se constata un extremo apego a los vaivenes, a los ciclos de flujo y reflujo que se alternan al parecer sin solución de continuidad. Las mujeres se sitúan en el centro mismo de la revulsión colectiva –debe decirse que hay una participación de mujeres en *todos* los fenómenos contestatarios– para retornar luego a cursos anodinos. Volcanes en erupción aquietados hasta el próximo

estremecimiento. Hay un cálculo patriarcal que se acomoda a esas convulsiones que anticipa como pasajeras, aunque no dejan de resultarle intranquilizadoras. Las crisis han sido el modo de aparición de lo femenino en clave subversiva y podríamos situar ejemplos y más ejemplos, hasta las evidencias de nuestra historia reciente, pero no es menos cierto el carácter precedero de los agenciamientos. Es relativamente fácil escudriñar las razones de la impetuosa “toma de palabra” (de Certeau 1999), pero lo difícil es interpretar el regreso al silencio. Que los movimientos sociales se extingan por agotamiento, tiene que ver con las mudanzas de las identidades de quienes resultan agentes de la movilización, pero en el caso de las mujeres, se trata de la permanencia de un trazo identitario, de la constancia transhistórica del sometimiento (Bourdieu 2000). ¿Por qué entonces si las señales de la identidad no admiten borradura y son proveedoras sustanciales de los sentidos de la demanda de derechos, ésta habría de agotarse en estallidos fulminantes seguidos de apaciguamientos? ¿Qué es lo que hace que el movimiento feminista describa la forma tan paradójica de presencia/ausencia? ¿A qué atribuir esa pendularidad, ese movimiento de sístole y diástole?

El examen debería deparar en la propia condición de género, menos en lo que atañe al significado de cada avance en la esfera pública –al final, muchas demandas han cristalizado en derechos y una gran parte de éstos tienen que ver con el reconocimiento femenino en esa arena–, y más en la rémora configurada por el orden doméstico. Julieta conoce bien esta circunstancia y aunque entiende que sin tenerla en cuenta no podrá haber efectivamente una política interesante para las mujeres, creo que no vislumbra que aquí también se explica el “nudo” del regreso. Las dificultades públicas no retornan al hogar a los varones; ni la malidicencia ni el vilipendio, justo o injusto, pueden ponerlos en la casa. Esos disgustos del mundo público no se compensan con una aceptación de nuevos papeles domésticos. Las frustraciones o el fracaso en la vida política no convierten a ningún varón en un gerente de hogar. Pero las mujeres, vuelven al lugar que las esperaba, a organizar lo que había quedado desbaratado, a ocuparse de las cosas de la inmanencia. Y, salvo excepciones, se convencen de que una vez que el dispendio de energía ha obtenido un logro, es oportuno regresar a la trastienda. Desde luego hay excepciones

porque debe contarse la vida profesional de muchas, y aun su integración a otros colectivos, pero un *agenciamiento feminista* no puede ocurrir sin asumida identidad grupal feminista. No basta una sola conciencia.

Así, el reflujo debe esperar otra contingencia, otra crisis... tal vez el signo brutal de las dictaduras pueda haber representado un despertar sin sosiego de la conciencia feminista. Tal vez de aquí en más sea mucho más difícil volver atrás. Creo que Julieta apostaba a esta nueva cita del feminismo con la Historia.

Políticas v/s feministas

Nuestra autora dedicó ingentes elucubraciones a las malas relaciones de las *feministas* con las *políticas*. Vale la pena aclarar que "las políticas" no son, en el escudriñamiento que efectúa Julieta, las mujeres que actúan en la vereda conservadora, no alude a las tradicionales mujeres que militan para preservar valores y órdenes sociales. Sus retos están dirigidos a aquellas que *deberían*, por su inscripción en movimientos y fuerzas políticas renovadoras, asumir una subjetividad adversa al patriarcado en toda la línea de montaje y que, sin embargo, se obstinan en negociar posiciones que lo dejan en pie. Julieta describirá una serie de problemas que caracterizan la tarea política de las que no se dicen feministas, tales como las mayores asimetrías a las que las condicionan las prácticas partidarias –la distinción entre quienes conducen y la base–, así como cuestiones de procedimientos y de estrategias. Pero me detendré en algunas marcas mayores de la diferencia entre unas y otras a propósito de las matrices teóricas contrapuestas.

A inicios de los 80's pululan en Chile diversas manifestaciones de hostilidad a la dictadura, las izquierdas se reorganizan y otro tanto ocurre con los segmentos antiautoritarios demócrata cristianos y liberales. Es un momento de convergencia en razón del enfrentamiento a la dictadura, pero Julieta con enorme clarividencia, advierte que la pauta esencial de acuerdos no puede secundarizar la eclosión feminista, cuya agenda no está dispuesta a conceder el turno de las *contradicciones*. Es necesario recordar el canon jerárquico que éstas debían guardar para orientar la práctica transformadora.

Si en la Argentina el feminismo comienza de modo muy capilar reuniendo a las sobrevivientes del Estado terrorista, a las asiladas internas, en Chile se tiene la impresión de que se trata a inicios de la década de 1980 de una expresión algo más compacta. Las mujeres de izquierda están de algún modo atentas a la agenda de las mujeres, pero no quieren compartir la identidad feminista, y todo indica que en Chile la búsqueda de salida a la dictadura implica un mapeo exhaustivo de diferentes frentes, lo que lleva a las mujeres de izquierda a sintonizar con las formas organizativas que expresan las preocupaciones de las mujeres populares. “Hay por todas partes –dice Julieta– una búsqueda de bases míticas, las cuales parecen personificarse en dos categorías también míticas: los pobladores y las mujeres. Las mujeres, otra vez, aparecen como la gran base misteriosa y rediviva” (Kirkwood 1985, 215).

Y así es que en los medios destinados a sostener la acción popular, en las iniciativas que la tienen como objeto, se cruzan políticas y feministas sin que sea posible la univocidad. Todo lo contrario, la relación es de oposición, o por lo menos de desconfianza. Las izquierdas han ensayado siempre captar a las mujeres de los sectores populares y sin embargo su discurso no ha sido eficaz. “Históricamente las posturas de izquierda –asevera Julieta– han disputado las bases femeninas al tradicionalismo y siempre la han perdido.” Ahora, en el proceso de enfrentamiento a la dictadura, nuevamente creen que la política que abraza la causa de la familia proletaria es suficiente para denotarlas y seducirlas, pero se ve muy bien “que las mujeres no perciben, no entienden (mayoritariamente hablando) el ofrecimiento político que les presenta la izquierda” (215). Y es entonces que Julieta sitúa el problema en el propio cóncavo de las tesis marxistas. Aproximándose en alguna medida a la línea de Hartman (1987) y de Haraway (1995) para analizar las dificultades tópicas y prácticas del marxismo y la condición más extendida de las mujeres, Julieta expresa con claridad el error en la identidad en que éste recae; la falacia de adjudicarles los atributos de la producción. Cuando asevera que “las mujeres populares no entienden” el recado de la izquierda, el malentendido, está explicado porque:

[...] Donde se les ofrece subvertir el orden del capital y el trabajo, ella se sabe “no trabajadora,” ella es “dueña de casa” o

“compañera.” No se reconoce a sí misma como fuerza productiva y cuando sabe –con gran dificultad puesto que no ha sido verbalizado culturalmente– que es por el contrario fuerza reproductiva de la fuerza de trabajo, sabe también que este es un problema no principal, de resolución derivada de los cambios de estructura social (215).

He aquí planteado el drama de la izquierda, su incapacidad para lidiar con la esfera en que se acumulan las categorías significativas de la condición de las mujeres. Para Haraway –y Julieta seguramente no pudo leerla–, el pensamiento marxista expresado bajo la forma de “feminismo materialista,” persistía con las dificultades, ya que otorgaba una noción de universalidad al presupuesto “productivo,” cuando sólo alcanzaba a una estrecha proporción de mujeres. Interpelar a las mujeres sobre la base de la asignación productiva es dejar a la enorme mayoría sin la menor posibilidad de sintonía. Para el feminismo, la cuestión de la división de esferas (producción/reproducción, público/privado) es un punto de partida y una bitácora. Realizar una política feminista quiere decir, como Julieta situó con tanta eficacia argumentativa, engendrar *órdenes de negaciones* de los presupuestos que construyen a los géneros sobre la base de distinciones jerárquicas. Un sistema de negaciones, sin embargo, comienza por hacer resonantes las condiciones de existencia. Para el feminismo, esto es para una *significación subjetiva crítica* de la condición de “ser mujer,” se trata de un programa político *no sexista* que apunta a la *virtualidad* –en los términos que Julieta ha tomado de Lefebvre–, o a la *conciencia atribuida* (también Julieta emplea a Lukács), pero que emerge “del mundo de lo experiencial privado y cotidiano,” en sus propias palabras. Esta apreciación fenomenológica es notable en nuestra autora, y resulta una reflexión epistémica que falta a las políticas marxistas porque han sido disciplinadas en la convicción de que no hay puntos de fuga y que el sujeto siempre se subsume en la trama estructural. Las políticas marxistas sin sensibilidad feminista abonan la teoría de la totalidad (“globalidad social”) según la cual el término mujer es apenas una mediación para aludir a la clase o al sistema familiar como mínimo. En esta concepción, mujer “es un término no independiente,” sostiene Julieta. Y estos presupuestos arrojan prácticas políticas consecuentes que no pueden hacerse cargo de la especificidad

de las mujeres. Aunque las políticas y las feministas parezcan coincidir en un umbral mínimo –“el reconocimiento de la posibilidad histórico-civilizatoria de la emancipación de la mujer”–, las disonancias resultan inconciliables. Así, para las primeras no puede haber una causa femenina genuina y mucho menos un “para sí” distintivo, mientras que para las segundas, sin este precepto resulta imposible enfrentar las multiformas que asume el patriarcado, incluidas las fuerzas políticas de izquierda.

Sin embargo, gran parte del feminismo latinoamericano expandido en las primeras décadas del siglo XX, y que Julieta celebraba en su reinterpretación de la evolución histórica del caso chileno, fueron en gran medida “relacionales,” concepto que debemos a Karen Offen cuando analizó ciertas tradiciones en los que la liberación femenina estuvo vinculada, de modo casi inescindible, a reivindicaciones sociales más amplias. Casi toda la tradición de nuestros feminismos se basó en un fuerte carácter relacional ya que bien observado, si abogaban por derechos y clamaban por igualdad, no les era ajena la situación de la clase obrera y promovía reformas sociales integrales, tal como la propia narrativa de Julieta lo puso en evidencia.

Pero las nuevas formas feministas aparecidas en Chile a fines de la década de 1970 observaban la distancia de una profunda resubjetivación de las militantes: ya no era posible moldear las demandas dentro de la argamasa del colectivo de la clase, ni acomodar las reivindicaciones a la ecuación de problemas principales y secundarios. Julieta vislumbró que la hora, no obstante la necesaria coaligación de múltiples fuerzas para derrocar a la dictadura, implicaba que ya no podría concederse a la tentación que había caracterizado a las comportadas socialistas del pasado, primero la clase, después nosotras. Si las políticas de izquierda no se animaban a dar ese paso y creían que por añadidura un nuevo régimen social derramaría también derechos sobre las mujeres, abroqueladas en la fórmula “no hay feminismo sin democracia,” era menester demostrar que obraban de “mala fe,” de acuerdo con la fórmula sartreana. Ese comportamiento no dejaba de presentar huellas de la inmanencia, de un obrar surgido de un sujeto “segundo.” La insurgencia de la consigna “no hay democracia sin feminismo” revela en toda su magnitud la nueva conciencia abierta en Chile por Julieta Kirkwood y sus compañe-

ras, conciencia que abrió un amplio cauce en toda la extensión latinoamericana.

Nuestra autora vivió la doble pasión de la socialista y de la feminista, términos a los que sirvió con una militancia auténtica por un orden justo que comenzaba con una sociedad sin opresión de género, una inversión ordinal de las tesis habituales del marxismo. A veinte años de su muerte ese legado adquiere más potencia, toda la fuerza de un mandato político y ético, y es muy probable que muchas políticas socialistas hoy lo hayan comprendido.

Nota

- ¹ Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires); Master en Educación (Universidad Federal de Minas Gerais); investigadora del Consejo Nacional De investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Doctora en Ciencias Humanas (Universidad Estadual de Campinas); Profesora titular de la cátedra de Historia Social Latinoamericana (Universidad de Buenos Aires) entre otros, además de directora concursada del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEG) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Bibliografía

- Certeau, Michel de. *La cultura al plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- Barthes, Roland. *Novos ensaios criticos. O grau zero da escritura*. Sao Paulo: Cuktrix, 1972.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinversión de la naturaleza*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1995.
- Hartman, Heidy. "El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo." *Cuadernos del Sur*, 5 (1987).
- Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1990.
- Kirkwood, Julieta y Patricia Crespi. *Tejiendo rebeldías*. Santiago de Chile: CEM/Casa de la Mujer La Morada.
- Offen, Karen. "Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo." *Revista de Historia Social*, N° 9 (1991).
- Vitale, Luis, y Antivilo, Julio. *Belén de Sárraga. Precursora del feminismo hispanoamericano*. Santiago de Chile: Ediciones CESOC, 1999.